

El escritor argentino y su público

JUAN JOSÉ SEBRELI

Parecería que entre nosotros, la operación de escribir no implicara como es de rigor la de leer, ya que ninguna relación, ningún movimiento dialéctico existe entre el escritor argentino y su público.

La literatura es, o por lo menos debe ser, una camaradería, una forma de comunicarse con el prójimo, como el amor o el sexo: se escribe al fin para alguien determinado, para un contemporáneo, para un compatriota, para un hermano de clase o de raza o de religión o de sexo o para el lector universal o para Dios. Sólo los argentinos escribimos para nada ni para nadie; en el extranjero no nos leen porque nuestra patria está muy lejos del eje histórico, del centro del mundo, olvidada, casi perdida. Nuestros propios compatriotas se quedan sorprendidos cuando abren un libro y se encuentran con una calle, un paisaje o un nombre argentino. Nuestra patria está lejos hasta de sí misma, muy lejos, en el otro confín del mundo. Nada es cercano ni lejano sino en relación a un punto de vista, pero nosotros hemos cambiado nuestra pupila por otra imaginaria y nos vemos desde la lejanía. No somos más que una serie de círculos excéntricos, de fugas centrífugas que no tienen centro, en el centro estamos nosotros: el horror del que hay que huír.

Por una situación histórica concreta y una decisión subjetiva a la vez —la contingencia de nuestro nacimiento no nos es revelada sino a través de nuestros deseos, de la elección de nuestros fines, por lo que en cierto sentido elegimos nuestro nacimiento— el escritor argentino es hecho y a la vez se hace un extranjero, un desterrado en su propia tierra. Se ha equivocado de mundo. Toda actividad intelectual es entre nosotros una prédica en el desierto, una pasión inútil.

Se dirá que todo esto no es más que retórica, ya que al fin es un hecho que nuestros libros se agotan, y muchos de ellos hasta son traducidos. No y no. Tener un conglomerado, de lectores no es lo mismo que tener un público considerado como una estructura, como una unidad orgánica, un público de discípulos o de contrincantes y no sólo de lectores indiferentes que se olvidarán al dar vuelta la última página del libro.

Pero el problema presenta dos faces, porque si por una parte el escritor argentino no tiene público, por otra, el público no tiene un escritor que se dirija a él, aquí se escribe solamente para lectores técnicos, especializados. En esta extraña cadena, en este círculo vicioso se frustra nuestra literatura. Ante el silencio, ante el vacío, nuestro escritor responde con tupé, con un alzamiento de hombros. Si el público no se preocupa ni siquiera se ocupa de él, escribirá sin el público, contra el público, a pesar del público. Autor y lector están dentro del juego: nadie es inocente, si alguna vez se encuentran por casualidad sus miradas, se guiñan el ojo. El escritor argentino practica una especie de solipsismo de hecho, la realidad que lo rodea no es sino fantasmagoría, puro juego de imaginación, las calles de su ciudad, las gentes que pasan son obstáculos a evitar. Pero la indiferencia, la ceguera, la ignorancia subjetiva del público, es una conducta de mala fe que ha adoptado para enmascarar su miedo, y como toda conducta de mala fe es un fracaso porque no puede excluir la libertad: se huye para ignorar pero no se puede ignorar que se huye, la fuga no es más que angustia de la angustia. La ceguera va acompañada de una inquietud, de un malestar que es la vaga conciencia de que hay una mirada errante y oculta que amenaza enajenarlo en su ignorancia, la indiferencia lo deja indefenso, es poseído sin poder volverse hacia quien lo posee porque no lo ve. No solamente no puede obtener del público lo que quiere sino que ni siquiera puede saber lo que quiere. Se está proyectando hacia lo desconocido, está hablando a ciegas a una multitud sin rostro, a un público fantasma. Es como discar en el teléfono números al azar: no se sabe quien va a contestar. La literatura es una búsqueda de la libertad del lector pero nuestro escritor se encuentra comprometido en una tarea que ha perdido ese sentido, o sea que ha perdido todo sentido.

La total falta de repercusión en el público hace perder al escritor la noción de su propia responsabilidad y termina por creer que lo mismo da decir una cosa que otra, puesto que ninguna produce ningún resultado. La otra cara de esa irresponsabilidad es la vacía libertad del niño que juega sucesivamente a ser soldado, pirata, detective, pistolero, cowboy, o explorador, sin dejar por ello de ser un niño que juega. Del mismo modo nuestros escritores amparados en el universalismo más abstracto, se creen con derechos a jugar con todas las culturas que encuentran a mano, a adoptar todas las actitudes, pero no engañan a nadie: no se puede ser más que lo que se es. Un burgués que se une a los proletarios no se convierte en un proletario, sino simplemente en un burgués-unido-a-los proletarios, un americano que escribe como un europeo no deviene por ello un europeo, sino un

americano-que-escribe-como un europeo. Cada hombre construye su vida a partir de una situación de origen, aunque se elija a cada instante, nunca deja de ser el mismo. El impulso inicial no va a determinar ningún acto en particular pero deja sus huellas en cualquier acto que realice el individuo. Aunque mi posición actual la haya elegido libremente no he podido ocuparla sino a partir de una posición anterior, siguiendo caminos trazados por los objetos mismos, y este puesto anterior me encamina a otro y así sucesivamente hasta encontrarme con la contingencia pura de mi sitio de origen. Se puede huir del sitio o rechazarlo pero siempre a partir de él. Se dirá que las relaciones del hombre con el mundo no son dadas sino que se crean, que el prójimo no es sino que se hace y que por lo tanto puedo llorar por las desgracias de un habitante del lejano Oriente y no por las de mi vecino, al fin son mis lágrimas las que deciden. Si lloro por un checoslovaco que muere en un campo de concentración de Europa, el checoslovaco es mi hermano, pero lo que no puedo es llorar por capricho, yo no puedo elegir arbitrariamente mis relaciones sino a partir de un pasado en común, a partir de una situación de origen. Así un escritor judío lúcido lucha antes que nada por los judíos, el negro por los negros, el proletario por los proletarios, la mujer por las mujeres, el homosexual por los homosexuales. Nosotros los argentinos, los americanos, nos encontramos en una posición similar a la de cualquiera de estos modernos "parias". Un país, un continente entero experimenta un sentimiento de desigualdad e inferioridad frente al ser pleno de la civilización europea, por eso los argentinos sólo podemos hablar para los argentinos, solamente así lucharemos verdaderamente por el hombre. No restringimos por eso nuestras justas aspiraciones de universalismo, la universalidad del género humano se encuentra solamente en el horizonte de un grupo histórico y concreto, la libertad eterna se logra luchando por una liberación histórica determinada. Lo abstracto se da siempre a través de lo concreto, lo absoluto a través de lo relativo.

No, no basta con ver la realidad, es preciso verla desde el punto de vista que cada cual ocupa fatalmente en el universo, lo contrario es estar fuera de lugar o sea, es utopía. Debemos convencernos que los argentinos tenemos una misión de verdad en la tierra, que también somos insustituibles, necesarios, únicos, que lo que nuestros propios ojos ven no lo pueden ver los demás, no lo puede ver nadie en el mundo, y abandonar la forma bizca, oblicua de existir en función de los demás que es la que hemos seguido hasta ahora.

Un escritor argentino sólo puede dirigirse a alguien que viva en esta monstruosa ciudad como él, que conozca el sabor amargo

de nuestros días y nuestras noches, la atmósfera desolada de cada calle, el miedo secreto de cualquier porteño. El diálogo no puede realizarse sino existe entre los que dialogan una íntima identificación. A alguien de afuera no se le podría explicar de ninguna manera la angustia que nos domina, le faltaría el contexto, es decir los sueños y las percepciones comunes, hay que estar entre nosotros, vivir nuestra misma situación, contestar o eludir nuestras mismas preguntas. Todos los argentinos nos apoyamos en una identidad de gustos, de necesidades, de hábitos, de peligros, de glosario, por eso entre nosotros no hace falta explicar ni analizar demasiado, un gesto, una palabra, son suficientes para que lo entendamos todo, pero hace falta hacer ese gesto, esa palabra.

Es necesario, pues, volver la mirada a nuestro público, aunque esa mirada no sea sino experiencia de humillación y de profunda desesperanza. Nuestro público se hace presente en la forma universal de la ausencia, nos llama y si no lo oímos es porque no dice nada. Llama pero llama callando. Como la voz de la conciencia según Heidegger habla única y constantemente en el modo del callar. Es necesario atender ese silencio, saber aprovechar la lección que nos da y prestarle los gestos que su inmovilidad sufre, prestarle nuestra propia voz para que grite, para que nos acuse, para que enrostre nuestro fracaso. Solamente a partir de las exigencias, de las fugas, de las incompreensiones, de la rehusión de nuestro público, podemos empezar a construir nuestra obra. Un escritor no es un clavel del aire, se apoya en la tierra o en el asfalto, aunque a menudo se olvida. Como todo hombre se encuentra en una situación, que define sus límites y esa situación la forma precisamente su público porque un libro no vive sino por el esfuerzo conjugado de autor y lector. Pese a lo que puedan alegar los teóricos del arte gratuito, la literatura es una función social, no puede existir más que por y para otro. Nadie escribe para sí mismo, todo libro no es sino una respuesta a la pregunta del público siempre. El escritor sólo puede salvarse, salvando su situación o sea salvando a su público. Para que nos puedan leer tenemos que empezar por enseñar a leer. El lector argentino lee como en la escuela primaria: con los ojos y los labios y no con la inteligencia, como cuando estudiaba el catecismo o las lecciones de memoria, sin pensar en lo que está diciendo o pensando todo lo contrario o pensando lo que nunca habría querido pensar. Es esa técnica jesuítica para mutilar la mente, peor aun que el analfabetismo que ya Martínez Estrada ha señalado: "La lectura mecánica, el arte de leer lo que se tiene en la cabeza y no lo que se tiene ante los ojos, si así conviene y no lo que puede ocurrir que se tenga en la cabeza, eso ya se enseña en las escuelas" ("Sarmiento").

De escribirse entre nosotros libros tan falsos ha resultado un vicio de lectura y un tipo especial de lector que cree verdadera toda superchería y lo que es peor aun toma por superchería a la verdad. Ya Alberdi preveía con gran sagacidad, y en eso reside su triunfo teórico sobre Sarmiento, que el alfabeto en ciertas circunstancias no beneficia más que a los políticos y a los periodistas.

Como la lectura se dirige a la libertad de los lectores, no se puede escribir para los objetos, y como cada conciencia mistificada en tanto que cómplice de la mistificación que la encadena, tiende a perseverar en ese estado, no podemos salvar la literatura si no es desmistificando a nuestro público. Decir la verdad a hombres y mujeres a los que nadie se ha dirigido nunca sino para mentirles y para servirse de ellos, tenderles un espejo, mostrarles su imagen a hombres y mujeres que jamás se han visto a sí mismo sino a través de los espejos deformadores de los parques de diversiones, hacer aflorar a la superficie la subjetividad de hombres y mujeres que sufren y se desesperan a solas y a ciegas, que mueren sin saber que han sido.

Los argentinos sabemos de nosotros mismos mucho más de lo que comprendemos (lo sabemos con una especie de intuición, de conciencia pre-reflexiva, pero no lo conocemos) por eso no basta con saberlo, es necesario decirlo porque el conocimiento es verbalidad. El pensamiento como la literatura no es monólogo sino diálogo, no tenemos otra forma de pensar que las palabras. La literatura es la única forma de reflexión y meditación de sí misma que tiene una sociedad. Si no nos conocemos es porque entre nosotros no hay literatura ni siquiera oral, ya que apenas si sabemos conversar. No nos dejemos engañar por el bullicio, Buenos Aires es la ciudad del silencio. Cualquiera de nuestras costumbres más peculiares, que los psicólogos del alma nacional han señalado tantas veces, no hace sino expresar el silencio, la taciturnidad, la separación. El mate es una forma de estar en familia sin necesidad de conversar, el truco o el tango es una forma de estar en el café —lugar de reunión por excelencia— sin conversar, sin comunicarse. Borges ha señalado el hecho de que nuestros dos caudillos más representativos, Rosas e Irigoyen, eran parcos, poco afectos a la grandilocuencia, "El silencio arrimado al fatalismo". Pero renunciar al Verbo es renunciar a lo humano, lo inexpresable es lo infrahumano, lo humano es lo articulado, lo expresivo, lo comunicable, la historia del hombre nace con la creación del lenguaje, ¿tendremos los argentinos una vocación de vegetales o de minerales?, ¿será nuestro objetivo la absoluta opacidad de la piedra. No creemos en la literatura porque no creemos en la inmortalidad, porque no creemos en nada, porque

aceptamos indiferentemente la muerte. En un país sin tradición literaria nada queda, nada se salva, todo se lo lleva el viento.

De no ser por la radio y los diarios, seríamos del todo sordos y mudos, ellos son nuestras voces ortopédicas. Por eso nuestros diarios se complacen en los grandes titulares, cada página quiere gritar más que la otra. En cuanto a la radio, todos conocemos ese inexplicable placer de nuestros vecinos por poner su receptor al mayor volumen posible. Un día sin diarios y sin radio es un día de duelo nacional. La gente se encuentra sin coartadas, reducida a sí misma, o sea enfrentada con el vacío y no saben que hacer.

Pero donde más se comprueba nuestra incertidumbre idiomática es precisamente en aquellos para quienes el lenguaje es útil y materia: el político y el literato. Tanto en unos como en otros se experimenta una especie de desafío a la vez que confesión de impotencia frente al lenguaje, una actitud de soberbia que oculta púdicamente una debilidad.

Las agrupaciones monstruosas (vg. patéticas miserabilidades) y la jargonofasia de la prosa irigoyenesca, son formas de hablar para no decir nada, una destrucción del lenguaje por medio de las palabras mismas, al fin una especie de surrealismo porteño. Existe una estrecha relación entre Irigoyen y el estilo incomprensible, artificial, irreal de nuestros poetas más representativos cuya secreta vocación es el silencio.

La tarea del escritor argentino es distinta a la de cualquier otro escritor. Un europeo se encuentra con un lenguaje ya hecho, su problema se reduce a la búsqueda de una forma personal de expresión. El argentino debe empezar por crear un lenguaje auténtico desde el comienzo, ya que todas las lenguas que usa —desde el idioma del diccionario y las academias hasta el lunfardo— lo rechazan por igual. Tarea que se complica enormemente porque a nuestros males intrínsecos se agrega un mal universal: vivimos en la "edad de la propaganda". El lenguaje del micrófono y de las rotativas, no es un lenguaje auténtico sino mistificado, lenguaje de propaganda. Por lo que la fijación de un lenguaje literario tendrá que ser a la vez tarea de limpieza, de saneamiento, de desmistificación, de volver a enseñar el valor de cada palabra. No es tarea fácil, lo sabemos, pero es lo único que se puede hacer, solamente así podremos salvarnos y salvándonos nosotros salvaremos a la literatura.